

Crucero

Tod Natürlich

Clara entra al camarote de sus padres para encontrar evidencia de su «luna de miel», sin imaginar que su hermano tuvo la misma idea. Sin embargo lo que ocurre en el camarote de sus padres será la menor de sus preocupaciones una vez llegue la noche.

Clara abrió la puerta del camarote y entró, era algo así como un lugar prohibido: el camarote de sus padres. Había conseguido la llave en recepción cuando sus padres bajaron a tierra para tomar un paseo. Ella y su hermano se habían quedado a bordo, ella porque no le interesaba visitar viejas ruinas, y su hermano porque había conocido a una española con quien coquetear.

Sus padres habían tomado el crucero como festejo de aniversario, y Clara sabía lo que debían hacer en su camarote por las noches, sólo quería alguna evidencia. Cerró la puerta tras sí y comenzó a abrir cajones, tratando de no desacomodar nada.

Finalmente encontró lo que buscaba en una de las maletas bajo la cama. Había varios paquetes de condones, algunos juguetes eróticos y unas cuantas prendas íntimas. Clara tomó un juego de ropa íntima satinado y un escalofrío la recorrió. Vio el reloj, sus padres no regresarían antes de cuatro horas, sonrió.

Se quitó rápidamente la falda que usaba y el traje de baño, y procedió a probarse la prenda. Le quedaba un poco grande, pero era excitante usarla. Caminó al baño del camarote y se miró en el espejo, hubo de aceptar que le quedaba bien, pensó lo que diría cualquier muchacho de verla así, tal vez usara algo por el estilo cuando decidiera acostarse con un chico, se sentía verdaderamente sexi.

Y sin embargo no le gustaba del todo. Salió del baño y se quitó las prendas, las guardó de vuelta en la maleta, y entonces notó algo que no había visto: un par de esposas. «¿Qué clase de cosas harán con éstas?» se preguntó. Se las llevó a la muñeca y

las cerró, no eran esposas de utilería, como al principio pensó, sino verdaderas esposas de policía, «¿Dónde tendrán la llave?».

Caminó de vuelta al baño, pensando que ahí había visto una llave pequeña, se tropezó con el borde de la entrada, y al agarrarse escuchó el sonido de las esposas al cerrarse. Estaba atrapada, las esposas se habían cerrado sobre el toallero. Entró al baño y buscó las llaves por todos lados y en todos los cajones, no estaban ahí.

Se estiró todo lo que pudo hacia la maleta, abierta en la cama junto con sus ropas, pero le era imposible alcanzarlas. Entonces se dio cuenta que estaba completamente desnuda, miró dentro del baño y todo lo que encontró fue una pequeña toalla para la cara, la tomó y usó para cubrir su entrepierna. Tendría mucho que explicar cuando sus papás llegaran.

Sin embargo la puerta del camarote se abrió mucho antes de lo que Clara había planeado, y como el baño quedaba justo tras la puerta de entrada, ésta cerró la puerta del baño al abrirse. Clara estaba a punto de informar de su presencia y asumir las consecuencias cuando escuchó la voz de su hermano:

—Es el camarote de mis padres, no regresarán hasta la cena, yo tengo que compartir el mío con mi hermana.

Clara escuchó entonces una risa.

—¿Y para qué me trajiste aquí? —dijo una chica con acento español.

—Fue el único lugar donde pensé estaríamos solos —contestó Roberto. Clara recordó entonces que sobre la cama estaba su traje de baño así como los juguetes de sus papás, y decidió arriesgarse.

—¡Roberto! —lo llamó desde el baño.

Se hizo el silencio en el camarote. Luego su hermano habló:

—¿Clara?

—Creo que mejor me voy —dijo entonces la chica española.

—No, pero... —comenzó a decir Roberto, mas ya la puerta del camarote se abría y cerraba—. ¿Qué estás haciendo aquí...? —preguntó Roberto, enojado, abriendo la puerta del baño, y frenándose en seco al ver a su hermana, desnuda, con una toalla cubriendo su entrepierna y esposada al toallero—. ¿Qué pasó?

Clara se cubrió los pechos con la mano libre.

—Busca la llave de estas cosas, debe estar en la maleta sobre la cama, y pásame mi ropa, quieres —Roberto no apartaba la vista de su hermana—. ¡Apúrate, quieres!

Roberto finalmente fue a la cama.

—¿Quién te hizo esto? —preguntó y comenzó a revolver la maleta—, ¿o acaso estabas esculcando las cosas de los viejos?

Clara no contestó.

—Apúrate, por favor.

De pronto Roberto apareció de vuelta en el baño, ya no se veía preocupado, sino más bien molesto.

—¡Estabas esculcando las cosas de mamá y papá! ¿Sabes lo que me hiciste? —Clara volvió a cubrirse, pero no contestó—. Iba a tirarme a esa españolita, y por tu culpa no me volverá a hablar —Roberto tomó aire—. Debería dejarte así para que mamá y papá te encuentren.

—¡No! Por favor —le rogó Clara, sintiéndose cada vez más desnuda.

—¿No? ¿Por qué no? ¿Para que no te metas en líos? ¿Y qué hay de mí? —Roberto calló un momento, su rostro cambió, y sus ojos pasaron a examinar el cuerpo de su hermana—. Te ayudaré si tú me ayudas —dijo al fin.

Clara se sonrojó, sabía lo que su hermano proponía, pero no podía creerlo.

—¿Cómo?

—Comienza por dejarme ver tus pechos, hermanita —le ordenó Roberto.

—Pero soy tu hermana —se quejó Clara, apretando aún más la mano para cubrirse.

—Y la culpable de que yo siga siendo virgen —reclamó Roberto—. Has eso o te dejo para que mamá y papá te encuentren.

Clara tragó saliva, miró el rostro de su hermano y vio ahí la determinación, entonces lentamente retiró su mano.

—Tienes hermosos senos, hermanita —sonrió Roberto.

—Bien, ahora busca la llave —exigió Clara.

—No, hasta que haya visto todo. ¿por qué no te quitas esa toalla de encima?

Clara lo miró, pero no reclamó. Cerró las piernas con fuerza y retiró la toalla, aún así se podía ver la pelusa púbica sobre su vulva, escondida entre sus piernas. Por más que pensaba que todo eso estaba mal, la excitaba que su hermano la observara.

—Eres hermosa, hermanita —comentó Roberto, quien ya respiraba agitadamente. Extendió una mano y acarició la mejilla de Clara. Ésta se sorprendió, pero el toque era tan agradable que cerró los ojos y lo dejó continuar. Pronto la mano de Roberto bajó por su cuello y comenzó a tocar la parte superior de sus pechos. Clara sabía que debía negarse, pero era tan excitante—. Déjame verte, hermanita —le pidió Roberto, y ésta vez era casi una súplica, no una orden—. Nunca he visto una mujer antes.

Clara abrió los ojos, y casi inconscientemente relajó levemente los músculos de las piernas. Sentía que iba a hiperventilar de seguir tan excitada. La mano de Roberto pasó sobre su pezón, y Clara hizo un esfuerzo por no soltar un gemido. Luego Roberto siguió sobre su estómago, su ombligo, hasta llegar a sus piernas. Ahí comenzó a aplicar fuerza para abrirlas. Clara reaccionó.

—¡No! ¡Roberto, soy tu hermana!

Roberto apartó su mano de golpe. La dureza regresó a su rostro.

—Si tú me dejas así —dijo, señalando el bulto en su pantalón—, entonces yo te dejo así —dijo, señalando la muñeca esposada de Clara.

Clara bajó la cabeza y comenzó a abrir las piernas. Escuchó entonces un cierre, y al abrir los ojos vio que su hermano se había quitado el traje de baño. Aquella era la primera verga que veía en persona, y le dio al mismo tiempo miedo y curiosidad.

Las manos de Roberto fueron a sus piernas y la ayudó a abrirlas, viendo de frente la vagina de su hermana. Clara se sonrojó, pero no cerró las piernas, aquello era excitante y la humedad en los labios de su vagina lo demostraba.

—Es increíble —comentó Roberto—. Eres mucho más bonita que cualquier actriz —Clara sabía que se refería a actrices eróticas, pero aún así sonrió ante el cumplido.

Entonces Roberto extendió un dedo y tocó con este el centro de la vulva de Clara. Clara saltó ante el contacto, había sido electrizante.

—Muéstreme cómo debo tocarte, hermanita —dijo Roberto mientras con su dedo recorría la vulva de arriba abajo. Clara vio que la otra mano de Roberto estaba ocupada frotando su propia verga.

—No, Roberto, somos hermanos —insistió Clara una vez más, se llevó la mano a la entrepierna para retirar la de Roberto, pero éste se la atrapó y comenzó a masturbarla con su propia mano. Clara no pudo evitar un gemido, y cuando Roberto la soltó, siguió masturbándose.

Clara podía sentir que un orgasmo estaba cerca y concentró sus dedos en su clítoris, pero entonces Roberto intervino. Retiró la mano de su hermana y la condujo a su verga. Clara estaba muy cerca, y aquello sólo añadió a su excitación, comenzó a acariciar la polla como había visto que su hermano lo hiciera. Roberto por su parte volvió a prestar atención al coño de Clara, la tocó imitándola, aunque algo más rudo.

Clara sentía que estaba ya muy cerca, y los dedos de su hermano sobre su clítoris no tardarían en hacer que se viniera, también sentía la verga de éste palpar bajo su mano. Sabía que todo eso estaba mal, pero se sentía demasiado bien para detenerse.

De pronto Roberto movió un dedo hacia el centro del coño de su hermana y presionó. Clara aguantó la respiración al sentir que el dedo de su hermano la penetraba, estaba tan húmeda que entró sin dificultad, se sentía muy extraño mientras frotaba las paredes de su vagina y el resto de la mano acariciaba su clítoris.

Clara sintió que el orgasmo le llegaba.

—Me vengo —le dijo a su hermano, ya sin preocupaciones. Sintió entonces que la verga de éste temblaba y alcanzó a ver cómo comenzaba a disparar semen sobre su mano y estómago al tiempo que lanzaba un grito de placer. Entonces ella también gimió, retorció todo su cuerpo y se dejó caer en el piso del baño.

—Gracias, hermanita —dijo Roberto.

—¿Cómo pudiste hacerme esto? —reclamó entonces Clara, cubriéndose de nuevo—, ¡Soy tu hermana!

Roberto se levantó, y casi se tropezó con su propio traje de baño, de camino hacia la cama.

—¡Pero te viniste, te gustó!

Clara se sonrojó aún más.

—¡Dame de una vez la llave!

Roberto volvió a con ella con su traje de baño puesto y una pequeña llave en la mano.

—¿No le vas a decir nada a mamá y papá, verdad? —le pidió entregándosela.

Clara negó con la cabeza y tomó la llave. Antes que pudiera decir nada más Roberto ya había ido, dejándola sola en el camarote.

Sólo entonces miró Clara de vuelta a su entrepierna. En realidad había disfrutado mucho el que su hermano la masturbara mientras ella también lo hacía, pero sabía que estaba mal. Miró su vulva, que comenzaba a cerrarse, y vio que el semen de su hermano escurría sobre ella. Rápidamente tomó un papel del baño y lo limpió, probablemente nada había entrado. Recordó también la sensación cuando su hermano introdujo su dedo y se preguntó si así se sentiría tener una verga dentro. Recordando el tamaño de la de su hermano (bastante mayor que un dedo) debía ser mucho mejor.

Cuando por fin se quitó las esposas hubo de apurarse a tomar un baño para quitarse el semen de su hermano, vestirse y regresar todo a su lugar para que sus padres no notaran nada. Apenas lo hizo a tiempo antes que éstos regresaran agotados de todo un día de recorrer museos y ruinas.

* * *

Clara se durmió antes que llegara su hermano, tratando de no pensar en lo que había pasado, sin embargo sus sueños la traicionaban. Soñaba que su hermano la tocaba de nuevo, que acariciaba todo su cuerpo mientras ella estaba de nuevo desnuda y esposada. Despertó de golpe sintiendo un peso sobre su cuerpo.

Roberto estaba en la cama, sobre ella, besando su mejilla mientras sus manos acariciaban el cuerpo de su hermana por sobre el camisón.

—¡Roberto! —exclamó Clara sorprendida, todavía algo dormida. Antes que pudiera decir algo más su hermano la besó en los labios, Clara supo que su hermano había estado bebiendo.

Roberto metió la mano bajo el camisón de su hermana y tocó su coño desnudo, acariciándolo de arriba abajo. No sabía que su hermana durmiera sólo con el camisón, pero la sorpresa le encantó.

—Te amo hermanita —le dijo dándole otro beso.

Clara no sabía qué decir, sabía que debía parar eso, pero el beso había sido tan agradable, como también lo eran las manos de Roberto recorriendo su cuerpo y acariciando su vulva.

—Por favor, ya no más —logró decir, y al mover sus manos para tratar de apartarlo se topó con su polla desnuda. Clara dio un respingo cuando Roberto presionó un dedo contra su vagina.

—Solo déjame hacer lo mismo que en la tarde, hermanita —dijo Roberto, levantando con su mano el camisón de Clara al tiempo que acariciaba su monte, su ombligo, su tórax, sus pechos. Clara se arqueó al sentir la mano de su hermano recorrer todo el frente de su cuerpo, mientras la otra acariciaba su espalda y sus labios la besaban.

—Pero está mal —logró quejarse Clara entre gemidos. Sintió de pronto que no era ya el dedo de Roberto lo que acariciaba su labia, sino la punta de la verga de su hermano—. ¡No, por favor! —gimió, pero su voluntad no le bastó para apartarse.

—Sólo déjame frotarla hermanita, eso es todo —pidió Roberto mientras movía su glande sobre la húmeda apertura a la vagina de su hermana, tocando cada vez su clítoris con el glande y sacando un gemido de Clara.

Clara no respondió, la sensación era tan placentera al tiempo que su hermano acariciaba todo sus pechos y su cuerpo. «Sólo lo dejaré hacerlo un poco más.» Pensó ya sin poder decir nada, percatándose que su cadera se movía por sí misma para encontrarse con la verga de su hermano.

Roberto se movía cada vez más rápido y con más ímpetu, y Clara pronto sintió que el glande presionaba con fuerza antes de deslizarse por su clítoris hacia arriba. Clara sentía el peligro, pero el placer era mucho mayor. De pronto tanto ella como Roberto presionaron con demasiada fuerza, y el glande de su hermano penetró en su vagina. Ambos se quedaron congelados.

—Por favor no. Soy virgen —rogó Clara abriendo los ojos y mirando a su hermano. Roberto respiraba con rapidez, mirando a su hermana con el conflicto en los ojos.

—Lo siento hermanita —exclamó Roberto, honestamente arrepentido, y empujó.

Clara se tensó al sentir el dolor cuando la verga de su hermano rompió su himen, robándole su virginidad, pero fue un dolor muy pasajero, reemplazado casi al instante por la sensación de presión en su interior, de estar completamente llena cuando la verga de su hermano tocó partes que Clara nunca se imaginara.

Roberto gimió junto a su hermana, disfrutando el estar dentro de ella, pero pronto comenzó a retirarse e impulsarse de nuevo. Aquello sacó gemidos de Clara, de no haber estado tan húmeda le habría dolido, pero sólo sintió un pequeño escozor por la pérdida de su virginidad, el resto era el placer de sentir a su hermano en su cuerpo.

Roberto entró y salió varias veces, haciendo movimientos cada vez más rápidos y profundos, mientras acariciaba los pechos de su hermana. Clara gemía incapaz de resistirse al placer, aceptando lo que estaban haciendo y deseando que pronto llegara el orgasmo que su hermano le prometía.

Al pensar aquello fue que recordó algo mucho peor.

—Ro... Roberto. Por favor, no... no tengo protección. Soy fértil... tienes que parar. Por... favor —logró articular entre gemidos.

—Eres tan suave hermanita —gimió Roberto en respuesta—, tan cálida, tan estrecha —se movió con aún más ahínco. Clara gimió, aquello era divino, y podía sentir su orgasmo aproximándose.

—Sólo... no te vengas.... dentro —rogó Clara, sin importarle ya nada más.

Roberto asintió y siguió moviéndose, cada vez más rápido. Clara movió sus manos a donde su verga se unía con su vagina y comenzó a frotar su clítoris, estaban increíblemente húmedos ahí, en su interior Clara sabía que aquella humedad era suficiente para embarazarla, pero el placer era demasiado para que importara. Gimió cada vez más fuerte, al tiempo que su hermano le apretaba los pechos y gemía.

—¡Me vengo, me vengo hermanita! —gimió Roberto empujando con fuerza y dejando su verga tan dentro como pudo.

—¡No, por favor, no! —gimió Clara, al tiempo que sentía pulsar la verga de su hermano en su vagina, llenando su útero de esperma, sabía que la estaba embarazando, su propio hermano estaba haciendo un bebé con ella, el pensamiento era terrorífico y excitante, tanto que no pudo más y su propio orgasmo la alcanzó. Dio un grito y arqueó la espalda al tiempo que las últimas gotas de semen entraban en su cuerpo.

Roberto se quedó sobre ella cuando su orgasmo pasó, seguía acariciando sus pechos y cuerpo con suavidad, ya sin la ansiedad del sexo, mientras su verga se desinflaba dentro de su hermana.

—Gracias hermanita, en verdad te amo, y siempre te amaré, sin importar lo que pase —Le dijo antes darle un último beso en los labios y levantarse para ir a su cama.

Clara no pudo dormir, tratando de reprimir las lágrimas. Cada vez que se llevaba la mano a su vulva sentía más semen que escurría de ella. No sólo su hermano le había robado su virginidad, sino que la había preñado, estaba segura de ello. De nuevo trató de aguantar las lágrimas mientras se frotaba el estómago, preguntándose cuándo comenzaría a crecer.